

# Infancia de Hernán Millas en Punta Arenas

Quarenta años, ya adulto, quise algún día regresar a Punta Arenas y entrar al cine Palace.

Cerrar los ojos e imaginar que proyectaban una película muda, con vaqueros e indios, y que tenía como héroe a Tom Mix, con la compañía del perro Rintintín.

Sería como tratar de escuchar a la infancia, algo parecido a oír el ruido del mar en la concha de un caracol.

En cuanto al Colegio San José, donde cursé mis primeros años, sabía que no lo encontraría como lo dejara, porque un incendio devoró sus aulas en 1979.

Conseguí lo que deseaba y varias veces regresé a Punta Arenas. Atribuí esa gracia al hecho que, cuando mis padres retornaron a Santiago, tuve cuidado de llevarme de colifates, esa frisa silvestre que recogíamos en las excursiones y que la creencia popular asegura, a quien lo come, que deberá volver. Cuestión de fe.

No hallé ya el Palace. En cambio, las cosas y edificios que poblaban mi niñez, estaban allí. Como el de Waldo Seguel, a metros de la plaza. La calle recordaba al primer juez que tuvo Punta Arenas, quien adquirió fama por su conexión.

Vivíamos en el segundo piso. En los bajos, estaba el diario La Unión, del que mi padre, Columba Millas Recabamán, era su director. A nuestros dormitorios subía el ruido de las linotipias del taller y luego el galopar de la prensa. Cuando ésta se callaba, en el sueño nos decíamos: "el diario ya está listo". Y, al irnos en la mañana al colegio, en la mesa del comedor, acompañando al pan fresco, estaba el ejemplar.

Más de una vez, cuando se esperaba hasta la medianoche alguna noticia de Santiago, como el resultado de la prueba de Stipicé, el héroe magallánico de nuestra niñez, mi padre dormía en subir. Y entonces mi madre golpeaba el piso de su dormitorio, que caía justamente sobre la oficina del director.

Es un don que el ser humano recuerda con nitidez los sucesos de su infancia. El "disco duro" o cerebro mantiene esos archivos de vivencias, preservándolos de la polifolia de los años. Con

razón Orson Welles en su Ciudadano Kane basada en la azarosa existencia de William Randolph Hearst, el magnate de la prensa sensacionalista y sin escrúpulos lo hace pronunciar una palabra en el lecho de su muerte. A todos les parece ininteligible: es la marca de los patines de su niñez. Lo único rescatable al término del día.

Ahora, al hojear en la Biblioteca Nacional las apocólicas colecciones de La Unión de aquellos años 1928, 29 y 30, me impresiona la capacidad de trabajo de mi padre. Se escribía casi toda la redacción. Los comentarios de Gaspar Gil pueden leerse hoy con idéntico interés, porque en sobroso estilo contaba anécdotas de grandes personajes. A muchos los conocí cuando fue reportero de El Mercurio y La Mañana. De este último siempre le escuchaba recuerdos.

Mi padre se propuso dar a La Unión la amabilidad del diario en que se formó. El Obisipado, al cual pertenecía el medio informativo, se lo estaba vendiendo, situación que motivaba que el obispo Arturo Jara Márquez fuera comensal frecuente de nuestra mesa. Como todos los salesianos que conocía en el colegio, era un hombre sencillo y agradable. Recuerdo que para un cumpleaños, mi padre le dio una sorpresa, regalándole un auto Studebaker, ya que el prelado no tenía vehículo. Buena... tampoco mi padre.

Al revisar las colecciones de La Unión, me reencuentro con personajes de la niñez. Claudio Chamone y Papa Tarino eran los avezados reporteros. Don Claudio recordaba a un personaje de Chesterton, siempre de oscuro y con paraguas, aunque no lloviera. Rechazaba las máquinas de escribir y entregaba pulcras cédulas manuscritas.

En las ediciones dominicales no faltaban poemas y cuentos de José Grimaldi, quien dio a conocer a los chilenos la estom-



Hernán Millas.

pa del avejere.

La noticia que más impactó en mis años de colegio fue el primer vuelo aéreo. El 27 de enero de 1927, el comandante de aviación Arturo Merino Benítez amarizaba junto al muelle a bordo de un trimotor Junkers, en un vuelo desde Puerto Montt con escalas en Aysén y Puerto Natales. Todo una hazaña para la época. En esos años la aviación era parte del Ejército. Merino Benítez, con la compañía del capitán Alfredo Fuentes quiso "matar el chuncho" porque, cuatro días antes, otro avión que intentaba lo mismo se había estrellado en Aysén, abatido por una ventolera. Merino Benítez fue recibido como un héroe. El Colegio San José destiló en la Plaza Muñoz Gamero ante él y las autoridades. Al llegar a mi casa, lo encontré vistiendo a mi padre en el diario. En esos mismos días, Antoine de Saint-Exupéry, el autor de El Principito, que era director de una compañía aeropostal argentina, había intentado volar desde Buenos Aires hasta Punta Arenas, pero un furioso temporal lo obligó a un aterrizaje forzoso en una estancia cercana a Río Gallegos. El destino todavía le daría catorce años más de vida, pues el 31 de agosto de 1944, durante una misión de guerra de la aviación francesa, se lo tragó el cielo.

El recuerdo de la primera vez que vi volar un avión se ensombreció, porque está unido a una hogaza: el mismo Junkers, unos días después, intentó proseguir a Tierra del Fuego. Cuando atravesaba el estrecho y se aproximaba a la isla Dawson, apareció el temido viento. En Magallanes decían que nada se hacía sin la autorización del viento, y que quienes lo contrataban se exponían a su ira. Debido de ser así, porque el hágil aparato, golpeado implacable por las corrientes de aire, fue a caer a las aguas del estrecho. Cuando llegaron a rescatar a los tripulantes, sólo Merino sobrevivía, asido a un ala. Fuentes y dos sargentos habían perecido congelados en las gélidas aguas.



El edificio en que hoy funciona La Prensa Austral perteneció a El Magallanes, que era calificado como el diario de los museos.

## Infancia de Hernán Millas en Punta Arenas. [artículo]

### Libros y documentos

### FECHA DE PUBLICACIÓN

1997

### FORMATO

Artículo

### DATOS DE PUBLICACIÓN

Infancia de Hernán Millas en Punta Arenas. [artículo]. retr.

**FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

**INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

**UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)